

partida. Nos llamó la atención no ver en una reunión tan numerosa más que tres caras blancas ó cuatro cuando más. La dirección de los negros y el trabajo de tantas familias no están realmente administrados sino por dos hombres blancos. ¡Qué carácter de hierro es necesario tener, para conservar sujetas tantas sombrías pasiones por la fuerza moral, puesto que verdaderamente la *palmatoria* y el *chicote* deben ser apoyos bien débiles para este objeto! Desgraciados de los blancos si alguna vez los negros gustan del árbol de la ciencia, y se elevan, por este medio, a la categoría y a los derechos de los hombres pensadores. Felizmente para los propietarios de *fazendas*, el negro no conoce su poder ni tiene el sentimiento de las fuerzas que Dios le ha dado. Si los negros se emancipasen, si estas criaturas oprimidas se ayudaran mutuamente, todos aquellos ricos *nababs* caerían postrados en tierra; porque la extensión de sus dominios no sería más que un pesado fardo, y la selva, conquistando rápidamente el espacio que se extiende a sus inmediaciones, los arrojaría de sus propiedades.

Bajaba el día, una luz incierta penetraba con dificultad los vapores del crepúsculo: a esta claridad observé dos bonitos niños de rostro ménos negro que los otros: eran dos mulatos, ó mejor dicho, dos *pardos*, que tenían graciosas chaquetas azules y aun zapatos. Al ver su cutis color de chocolate, sospeché algun enlace misterioso entre blanco y negro; y el calzado que usaban me dió ocasión para hacer suposiciones de otra especie. Si hay algo que pueda formar un lazo entre el superior y el inferior, entre la libertad y la esclavitud, ¿por qué el *senhor* G.... no había de haber contraído aquel lazo? Procurando saber la verdad, interrogué con naturalidad a aquellos jóvenes respecto de su origen; pero sus respuestas fueron bastante embrolladas. Estas mezclas de colores son demasiado frecuentes en las *fazendas*. ¡Qué lado tan repugnante de la esclavitud! Así, los hijos de blancos y negros son semi-esclavos y semi-libres, según el capricho del padre y del propietario.

El amo nos condujo en su barca oficial hasta nuestro *steamer* que respiraba como si estuviera impaciente. Nos envió también, siguiendo el espíritu de la hospitalidad patriarcal, una rica provisión de cocos, cañas, azúcar refinada, rom y *cachaça*, con un saco lleno de *farinha* y frutas de sus magníficos verjeles. Penetrados de

reconocimiento por esta hospitalidad espléndida, encantados con los espectáculos tan diversos y tan interesantes de que habíamos gozado en esta primera *fazenda*, nos separamos del amable G.... estrechándole cordialmente la mano. Si este hombre no tuviese esclavos en su presente ni historias de esclavos en su pasado, yo tendría en mucho contarle en el número de mis amigos, en consideración a su actividad y a las dotes de que lo ha colmado la naturaleza.

14 de Enero de 1860.

Empezó el día por una extraña y grotesca aventura. Atravesábamos la ciudad en calesa de cuatro caballos, para ir a hacer una excursión por los alrededores: alegremente y sin ningún presentimiento enojoso, recorriamos las calles llenas de gente; cerca estábamos de Vittoria, y llegábamos al frente del fuerte de que he hablado, precisamente al lugar desde donde se descubre la magnífica vegetación del valle: de repente vimos a nuestro amigo el botánico y al cazador, que se habían adelantado a pié, empeñados en viva controversia con un personaje de facha sospechosa y vestido de paisano. Nada bueno auguré. Un *soplon* fácilmente se distingue de los otros mortales aun en la zona tórrida.

Cuando nuestros compatriotas vieron llegar al galope nuestro coche, el cazador gritó con todas sus fuerzas a los postillones negros que parasen. Yo mismo di la orden, y hé ahí que, en el momento, el *soplon* se precipita sobre nosotros inflamado de furor y exigiendo con gesto y lenguaje exaltados que entregásemos nuestras armas y municiones. Sobre esto mismo había rolado la disputa entre él y el cazador. Con su áspero acento portugués, diez veces más cómico por la violencia de la pasión, trataba de hacernos comprender que era prohibido llevar armas de caza sin permiso del *presidente*.

Una parte de las personas que ocupaba el coche murmuraba y decía que se nos hacía un ultraje que era imposible soportar; el cazador espumaba de cólera; el botanista filosofaba sobre la civilización brasilense. Yo saqué entónces mis lentes ingleses y fijé en el bribón mi vista por bastante tiempo, con una calma y una impassibilidad germánicas que parecieron ponerlo completamente

fuera de sí. Después de haberle mostrado que de nada serviría hacerme salir de mi humor, calmé a los míos, y les declaré que la ley era la ley, por más irracional y descortés que fuese, y que todos debíamos someternos a ella hasta que se aclarase é ilustrase el caso.

Tres puntos se presentaron desde luego a mi espíritu: en primer lugar, que las prescripciones brasilenses no estaban conformes con la situación, porque allí conviene que todo hombre libre tenga armas para su defensa y para la caza, en donde los bosques penetran hasta la ciudad y los monos se introducen hasta el palacio de gobierno: en segundo lugar, que habiendo encontrado ya la señora policía su camino por el océano, hacia que las instituciones libres, tan ponderadas de la América, se viesen en este país singularmente mitigadas; y en tercer lugar, que la aventura no era más que una chanza muy grosera que las autoridades locales nos jugaban para vengarse. Evidentemente ellas no podían perdonarnos que las hubiésemos ignorado bajo el punto de vista de la etiqueta, y que el día de nuestra llegada no nos hubiésemos hallado a bordo de la Elisabet para recibir las. Por lo tanto, esta medida era manifiestamente una mala venganza, pues durante tres días habíamos circulado en todas direcciones con nuestros fusiles sin ser inquietados, y nadie en Bahía ignoraba quiénes eran esos cuatro hombres de traje extranjero que recorrían la ciudad con cuatro caballos. No sin algún designio se había, pues, aprovechado precisamente del estrecho paso del fuerte para apostar en él un policía.

Como no iba con nosotros ni el cónsul, ni ningún intérprete, y no quería condescender en una discusión más larga con el oficial subalterno de S. M. tropical, ordené que se entregasen las armas. Medí una vez más al través de mi *London-smoke* al buen hombre enfurecido, y para dar una prueba de entera sumisión a las libres instituciones del imperio democrático, le ofrecí además nuestras redes de mariposas como instrumentos peligrosos y prohibidos. El honrado agente por poco revienta de cólera. Todo el pueblo que se había agrupado, lanzó un grito de entusiasmo al ver con qué sumisión los europeos acataban las leyes americanas. Las risas se pusieron de nuestro lado. El soplon exótico, que, a lo que

parece, había contado con una resistencia, se retiró confuso y becado. Hay rivalidades de continente a continente, por lo mismo que existe un patriotismo continental. En este negocio, me sorprendió singularmente ver que un italiano, hombre de cascos calientes, tomase nuestro partido sin que nadie le invitase, y defendiese nuestra causa con la mayor vivacidad.

Acompañó al policía, que recorrió con nuestro cazador y el *corpus delicti*, toda la *scala santa* de las autoridades imperiales. Este paseo duró tres horas y media. Pero el aviso oficial llegó al granmogol antes de lo que esperaba y deseaba. Envié en el curso del día al más joven oficial de nuestro buque para que manifestase al *presidente*, en términos categóricos, no tanto mi admiración sobre el asunto en sí mismo, como mi sorpresa de no haber recibido antes aviso de tales prescripciones chinescas, con un permiso espontáneamente enviado por las autoridades, cuando habíamos atravesado ya varias veces el arsenal imperial con armas y municiones. Además, le anuncié que manifestaría a su emperador mi sorpresa por tal aventura. El efecto fué inmediato: el granmogol renunció desde luego a su tono solemne y a sus planes de venganza tan bien combinados, y se confundió en un diluvio de excusas. ¡Pobre soplon!

Nos dirigimos en seguida a un bosque magnífico. Un prolongado y agudo silbido, semejante al que se escucha en los caminos de fierro, se oyó resonar en las profundidades de los bosques. Este ruido singular se oye tres veces por día en las selvas de la zona tropical: por la mañana, a medio día y al ponerse el sol.

Llamábamole chanceándonos: "El tren de medio día." El autor de este inmenso suspiro lleno de angustia, es la *cicada manífera*. No se la puede ver, ni descubrir; pero su grito da la señal regular é infalible a ese ruido extraño é indescribible que resuena momentos dados en los trópicos. Es como un numeroso concierto de voces invisibles, acordadas en todos los tonos, que se repite en la atmósfera tranquila de los bosques. Nada percibiréis, no observaréis ningún movimiento, ni una rama agitada, ni un murmullo en el follaje, y repentinamente resonará ese chiflido indefinido, unas veces cerca de vuestros oídos, y otras a gran distancia. Es como la llamada del velador. Antes de las doce del día no había

mas que silencio; apenas si se oía zumbar algun insecto: esta señal anuncia que el silencio ha llegado a su término. Inmediatamente se levanta, en todos los tonos, un canto de alegría universal para saludar la llegada al zenit del astro fecundante. Al principio esta prolongada llamada va seguida de algunos acentos aislados, semejantes a los preludios de los instrumentos; despues las voces se multiplican y son murmullos, gritos, zumbidos y trinos; introduce la cadencia en la melodía, y el gran unísono de la vida estalla en pleno concierto bajo las verdes bóvedas de la inmensa catedral. La impresion es soberana. Sentíase uno aislado bajo el severo esplendor de las plantas mudas; seguíase en silenciosa marcha bajo el peso del calor del día por el centro de aquellos hechizos espléndidos, pero inanimados; y súbitamente un concierto invisible os saluda por todos lados. Aquel bosque, penetrado de un poderoso espíritu de vida, aquella sombra misteriosa, bajo la cual millares de plantas desconocidas gozan del reposo de medio día, y en fin, aquel maravilloso concierto exaltaron en mí la admiracion entusiasta, los arrebatos de alegría que llenaban mi alma desde los primeros pasos en este suelo nuevo.

Caminando bajo la bóveda espesa del bosque, pasé en revista los recuerdos de mis numerosos viajes, y llegué á concluir, que el hombre que tiene el sentimiento de la naturaleza, debe asistir a tres grandes espectáculos para conocer lo que la tierra ofrece de mas sublime. Primero, á una mañana en los Alpes, sobre una cima elevada, al aire puro, lejos del movimiento del mundo. Allí, rodeado de las riquezas de la flora alpestre como de un magnífico esmalte natural, de gencianas azuladas, de risueñas rosas, de pensamientos, de miosotis, claveles y violetas; bañado por el fresco vapor de la mañana que atraviesan poco a poco los rayos de la luz, ve extenderse las estrellas en el argentado firmamento. Un hálito poderoso parece mover el seno de la tierra que despierta. Los copos de nubes se disipan en los valles; el Oriente se cubre de tinte purpúreo, mas y mas brillante; las cimas y sus campos de nieve se encienden mas y mas bajo la luz dorada; los abetos sacuden el rocío de sus ramas. Súbitamente el sol, rasgando el velo de los gigantescos montes, se levanta en todo su esplendor, dirigiendo sus rayos, como mensajeros de alegría, a los verdes valles y a los

relucientes lagos; y de todas las profundidades sube en señal de gratitud, el canto de los pájaros y el toque armonioso de las campanas.

Tal es el primer cuadro. El segundo es el del medio día en el paraíso tropical, con la exuberancia de perfumes y de flores, de vida y de sonidos, y con el sentimiento de regocijo que despierta el sol en su apogeo; delicias que mi corazón saboreaba en aquel momento, con admiracion llena de reconocimiento.

El tercer cuadro es el de la tarde en el desierto, cuando el disco inflamado, cubierto de un velo de sangre, desciende a los vapores que producen el mirage, en los momentos de desaparecer en el lejano horizonte del mar de arena. El firmamento se tiñe de púrpura; la vasta llanura se cubre de polvo de oro y plata; paulatinamente van borrándose los colores, y el cielo se siembra de diamantes. Los buitres se ciernen, y cual negras fantasmas describen sus círculos en el fondo iluminado como por el fuego blanco de un hornazo; el camello, como una sombra que viaja, prosigue silenciosamente su camino. Los creyentes vueltos en direccion de la Meca, cantan la oracion vespertina con su acento monótono, mientras que las estrellas del Poniente encienden sus luminarias en la bóveda de sombrío azul. Un soplo fresco y vivificador, que es el bálsamo de la noche, pasa como un dulce zéfiro sobre la plateada arena, y la luna llena, de doble tamaño al principio de su curso, se levanta serena y pura por el Oriente. Quienquiera ha recogido estos tres cuadros en su alma es un iniciado: el culto de la naturaleza no solo le es permitido, sino obligatorio.

Varios de mis amigos pensaron en calmar su ardiente sed con el jugo de naranjas que llevaban consigo; pero yo mandé a mi negro de alquiler que me buscara agua. El pobre anciano seguia con escrupulosa exactitud todas las órdenes que le daban personas que le eran completamente extrañas. Vergüenza casi nos daba hacer correr de este modo a un hombre de cabellos blancos. Sus idas y venidas dieron lugar, a pesar de nuestra fatiga, a una discusion sobre la esclavitud. Por mas que se haga, es la úlcera que se encuentra aquí por doquier.

Algunos de esos señores defendian la esclavitud como una necesidad; pero por lo que a mí toca, la vista de mi viejo negro me

daba la medida de lo que esta institucion tiene de indigno. Lo habiamos arrendado de su propietario en precio de cincuenta kreutzers: de esta manera era por todo el dia nuestra bestia de carga, y teniamos riguroso derecho de conducirnos con él como nos gustase. Debía sin murmurar, ni replicar, someterse a todos nuestros caprichos, y cuando mas, tenia derecho, al fin del dia, de dar gracias a Dios en silencio, si le habia dado un amo blando y razonable.

A mi entender todo caduca en una sociedad cuando la violencia ha suprimido el contrato sinalagmático entre voluntades libres. Las instituciones que no tienen por base este contrato, no pueden subsistir largo tiempo, ó bien producen malestar y llagas que van emponzoñándose mas y mas, y consumen las fuerzas mas preciosas. La Europa tambien soporta ciertos contratos que no han sido consentidos libremente, y que, asemejándose mucho a la esclavitud, son tambien causas de malestar y fuentes de descontento. A lo ménos entre nosotros se han encontrado fórmulas legales para acallar las quejas: se justifican semejantes contratos por la consideracion del bien general y de las llamadas *necesidades de estado*.

De este género es principalmente la obligacion del servicio militar tal como se impone en nuestro viejo continente: yo la tengo por uno de los hechos mas monstruosos de nuestra época. Pero siquiera aquí es la suerte la que decide, y puede hasta cierto punto justificarse, por el interes del Estado, una institucion que roba a tantos hombres los mas hermosos años de su juventud. En esto tambien la Inglaterra, con sus instintos de independenciam individual, parece haber hallado la vía para volver a mejores principios. ¿Y por qué no podría renunciarse al sistema de esos ejércitos tan costosos que devoran tantos hombres? ¿Por qué no reemplazarlos con una landwehr en la que todos tomasen parte, cuya base formarian el patriotismo y el instinto de la conservacion nacional, y que se mantendria con un cuadro de buenos oficiales y administradores instruidos? Las exigencias del siglo y la penuria hacendaria producirán en Europa, tarde ó temprano, una reforma de este género en instituciones que ofenden a la naturaleza.

Capricho es ordinario en los hombres el encadenarse a las pasiones y a los abusos del tiempo tan corto en que viven, figurán-

dose que las cosas no podrían ser de otro modo, y concibiendo temores pusilánimes de solo pensar en un cambio.

Otra llaga de Europa, que recuerda mucho la explotacion de los negros, es el proletariado de la fábrica. En ellas el hombre se rebaja, por la influencia de las máquinas, a la condicion del animal privado de voluntad. El vapor trabaja segun principios matemáticos; el hombre solo es un accesorio, su actividad se circunscribe en límites tan estrechos como el vaiven de una lanzadera; él no dirige nada, solo está allí para tapar los agujeros en el trabajo de las ruedas que andan solas, y su inteligencia acaba por embotarse. Este estado no es mas que un refinamiento de la esclavitud. Un abismo existe entre el linaje de la inteligencia, que inventa las máquinas, las arma y las pone en movimiento, y la masa inculta, medio hambrienta de los tapa-agujeros: una vez entrados en este carril, transmiten la maldicion que pesa sobre ellos a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Pero al ménos, posible les es emanciparse, y el derecho de elevarse por el trabajo subsiste, aunque rara vez ejercido. Este derecho falta absolutamente en la institucion de la esclavitud, en la que reside realmente el principio de la muerte.

Dejamos aquel lugar para ir á ver la quinta de un colono francés. El valle y el camino terminan en una escarpada pendiente. La casa construida en la altura y diferentes trabajos ejecutados, habian comunicado a este paraje cierto aspecto de civilizacion. En efecto, la mano del hombre se ejercitaba en ella y la utilidad no era extraña al designio del propietario. Plantíos de batatas y de algodones, cubrian en líneas regulares ciertas partes de terreno. Sin embargo, gracias a las formas exóticas de estas útiles plantas, se conservaba el aspecto de un parque. En este particular los ingleses lucen que es maravilla: entre ellos no se sabe en dónde acaba la naturaleza, ni dónde comienza el arte: lo bello y lo útil se enlazan para producir un todo agradable a la vista. El propietario de esta quinta está dotado del sentimiento de estas combinaciones; se nota a la primer mirada que se dirige a los campos en derredor: ha conservado todos los árboles grandes y las hermosas aglomeraciones de verdura: ha seguido las líneas suaves y pintorescas dibujadas por el Creador. En torno de la casa, ha embelle-